

El huevo milagroso (y 4). Javier Estévez

jueves, 30 de agosto de 2007

Modificado el miércoles, 31 de diciembre de 2008

El huevo milagroso (y 4)

Relato corto

Por Javier Estévez

No te miento si te aseguro que a dÃ-a de hoy, continÃºo sin saber cÃ³mo pudo urdir, tan velozmente, la trama que desembocÃ³ en este impresionante esperpento. Yo hubiese necesitado varios siglos para tejer semejante fÃ;jbula.

El huevo milagroso (y 4)

Javier Estévez

No te miento si te aseguro que a dÃ-a de hoy, continÃºo sin saber cÃ³mo pudo urdir, tan velozmente, la trama que desembocÃ³ en este impresionante esperpento. Yo hubiese necesitado varios siglos para tejer semejante fÃ;jbula. Ahora pienso que puede ser una cualidad consustancial del nombre Juan porque sÃ³lo a Ã©l se le pudo ocurrir dar pÃ;jbulo con semejante extensiÃ³n a esta infantil patraÃ±a, que donde comenzÃ³, tuvo que haber finalizado. Sin embargo, mi tÃ-o Juan, lejos de contentarse con lo sucedido, introdujo nuevos ingredientes cultivados, con innata picardÃ-a, en su ocurrente imaginaciÃ³n.

Mientras se estiraba suavemente

los extremos curvados de su bigote, para dar cierto aire de preocupaciÃ³n y meditaciÃ³n a un tiempo, se dirigiÃ³ a Marquitos Mendoza con voz grave, accidental y fingida: Marquitos, para saber si estamos ante un complot celestial o, ante uno de los mÃºltiples artificios de los que se vale el demonio para introducirse imperceptiblemente entre nosotros, necesito, ahora mÃ¡s que nunca, tu apreciada colaboraciÃ³n. Creo que esto es mÃ¡s serio de lo que pensamos. Mientras yo regreso con el huevo a la tienda, tÃº deberÃ¡s transmitirle a las siguientes personas, la verdadera naturaleza y trascendencia de este enigmÃ¡tico acontecimiento. SerÃ¡ imprescindible que cites, al mediodÃ-a en mi comercio, a los siguientes prÃ³ceres, que afortunadamente caminan hoy en nuestra ciudad: mencionarÃ¡s al pÃ¡rrroco MartÃ-n Morales, que aunque haga tan sÃ³lo unos meses que la divina providencia lo destinÃ³ a estos solares de dios, he observado que detrÃ¡s de sus gafas de anticuario se baten unos ojos insondables que denuncian una sorprendente sabidurÃ-a geolÃ³gica. Por su responsabilidad ineludible, tambiÃ©n deberÃ¡ asistir D. Fernando Guerra, nuestro ilustre e irreparable alcalde; y, por Ãºltimo, al notario de mandÃ-bula carolingia y seseo soporÃ-fero, pues sospecho que sobre las letras y su condiciÃ³n no habrÃ¡ nadie en esta jurisdicciÃ³n que alcance su saber. Y por favor, pÃ—deles, ante todo, que sean puntualmente prudentes.

No habÃ-a terminado de pronunciar

la Ãºltima sÃ—laba de su improvisada alocuciÃ³n, cuando, las cosas inexplicables que sÃ³lo suceden en los pueblos disfrazados de ciudad, la noticia del huevo huero se habÃ-a movido ya con tanta rapidez y efectividad que habÃ-a llegado hasta la comarca de Las Tirajanas. En la plaza de los Alamos y en su rÃ©mora de las Ventas, se creÃ³ tal alboroto y bullicio que muchas mujeres pensaron que, inesperadamente, pues de esa forma transcurriÃ±an antes los dÃ-as, era jornada de mercado. Vinieron curiosos hasta de los pueblos meridionales, emplazados a varios dÃ-as de distancia y la prudencia exigida por Juan muriÃ³ nada mÃ¡s nacer, pues segÃ³n supo despuÃ©s, su mujer tuvo que pedir auxilio al regimiento militar

debido al tumulto dilatado y expectante del vecindario que se habÃ-a instalado frente a su venta.

Una vez reunidos en la tienda,

Juan mostrÃ³ el huevo entre sus manos mientras les pedÃ-a a los escogidos que por precauciÃ³n, no lo tocaran. El alcalde observÃ³ el huevo con tanta turbaciÃ³n y estupor, que tuvieron que conducirlo entre apuros y vientos inevitables, al excusado. El pÃ¡jaro, que llegÃ³ el primero ante la desproporciÃ³n de la noticia, tratÃ³ de encontrar, sin Ã©xito, una respuesta decisiva entre los mÃºltiples tratados ecumÃ©nicos, catecismos redundantes y sentencias canÃ³nicas cuyos veredictos provenÃ-an de los mÃ¡s altos y conspicuos tribunales eclesiÃ¡sticos. Por Ãºltimo, el notario, con una postura que acentuaba su redondez e ingratidez, al hacer coincidir sus manos sobre su trasero, y refiriendo su discurso mÃ¡s a la dÃ©bil cruz dibujada tardÃ¡amente que a las letras ovÃ¡licas, hablÃ³ de un francÃ©s trasnochado y medieval que gastÃ³ gran parte de su vida en pronosticar acontecimientos apocalÃ-pticos. SegÃºn contÃ³, mientras se ajustaba sus tirantes inverosÃ±miles, este gabacho de apellido impronunciable habÃ-a previsto la apariciÃ³n de una Cruz CÃ³smica que anunciarÃ-a el fin del mundo. Tras pronunciarse el notario, hubo que acercar una batea inimaginable al regidor municipal ante la recurrente e imprevista disenterÃ-a.

Ante la irresoluble incÃ³gnita en que se habÃ-a convertido el huevo premonitorio, mi tÃ±o Juan abriÃ³ las cuatro puertas de su comercio y dirigiÃ©ndose a la multitud, que llenaba no sÃ³lo la plaza contigua sino todos los caminos y veredas que por su tienda transitaban, volviÃ³ a hacer gala de su pasiÃ³n por el orden y su estructura, y organizÃ³ una fila Ãºnica que entrarÃ-a por la puerta de oriente, pasarÃ-a frente al huevo expuesto en una cesta inclinada, que hacÃ-a de nidal improvisado, y saldrÃ-a por la puerta opuesta, orientada a occidente, para asÃ- evitar aglomeraciones innecesarias y multitudes opresivas.

El Ãºnico que no participaba del acontecimiento era el pÃ¡jaro, que seguÃ-a nublado tras sus estudios estÃ©rilmente extensos, pues mientras Ã©l buscaba y rebuscaba, ante el mostrador desfilaron los personajes mÃ¡s simples, los menos frÃ¡volos, otros de espÃ-ritu Ã¡spero e incorregible, y hasta una estirpe imprevista de visionarios testarudos y ministros taciturnos. Una seÃ±orita de cofia y delantal que se presentÃ³ con una cesta llena de guata, solicitÃ³, de parte de la mujer del notario, el alquiler temporal del huevo para poder analizarlo detenidamente en su casa. Mi tÃ±o, terriblemente ofendido, no sÃ³lo expulsÃ³ de malas maneras a esta inocente remitida, sino que le espetÃ³ algo asÃ- como: Â¡el huevo no es ningÃºn juego, seÃ±orita!

TambiÃ©n se acercaron multitud de enfermos transitorios e hipocondrÃacos crÃ³nicos que arrodillados frente al huevo y con las manos apoyadas en el mostrador, solicitaban, entre lÃ¡grimas y cÃ¡nticos incomprensibles, la curaciÃ³n definitiva de sus dolencias refutadas y de sus ensoÃ±aciones argumentadas.

El paroxismo de esta comedia se alcanzÃ³ cuando coincidieron frente al huevo, un grupo de ateos inexpertos que recobraron su fe distraÃ±da tras escuchar a la mujer del notario, que empujada por la curiosidad y por el fracaso de su tentativa, jurar por todos sus muertos, que aquella ortografÃ-a era, sin equÃ±voco alguna, la de Santa Teresa de JesÃºs.

Toda esta parodia finalizÃ³ cuando mi abuela Leonardita, a la que inevitablemente habÃ-a visitado tambiÃ©n la noticia, sin reconocer Ã©sta su origen, se presentÃ³ con su luto perenne, bajo el quicio de la puerta principal. Dos zancadas, mÃ¡s que pasos largos, le bastaron para acercarse hasta el mostrador, alongarse, coger el huevo con rotundidad y desmoronarlo ante la mirada avergonzada y desmantelada de mi tÃ±o.

Tratando de acribillar el silencio impagable que se instalÃ³ en su tienda, Juan comentÃ³ a su madre, con inusual vergÃ¼enza y mientras introducÃ-a los

dedos en un saco de arbejas: Pero no se ponga asÃ- madre. Es una broma como otra cualquiera. O cree usted que me pueden detener o excomulgar por ello. Y mi madre, que nunca fue una mujer culta pero sÃ- certera, le contestÃ³, tras provocar un choque de miradas entre ellos al levantarle sutilmente el mentÃ³n reclinado: No Juan, puedes padecer algo peor: la ignominia, hijo mÃ-o, la ignominia.

Javier EstÃ©vez, agosto de 2007. Descargar texto completo